

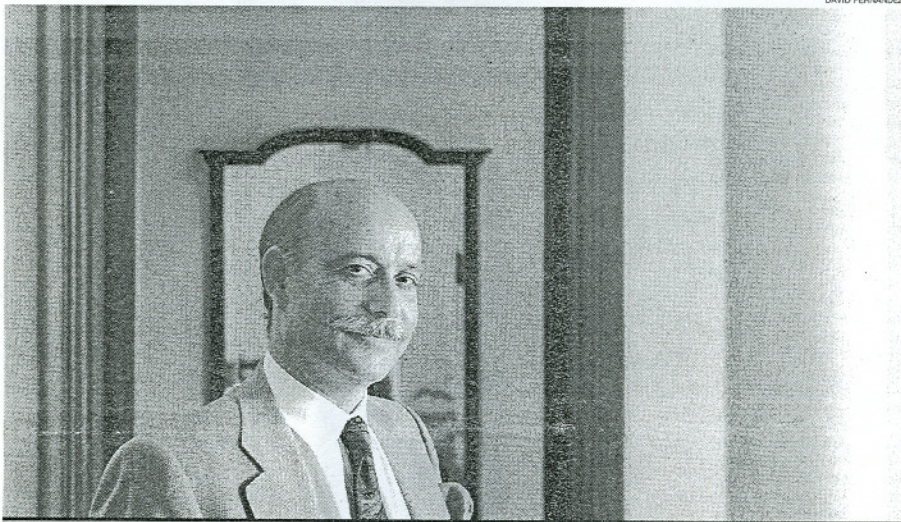
## A FONDO • JEREMY RIFKIN, ECONOMISTA

## Retrato de un hombre apasionado

Cuando Jeremy Rifkin se entusiasma con algo no logra frenarse. Habla, explica, gesticula, retruca, corrige, pero nunca se detiene. Su pasión resulta extraña en los "gurúes" de moda que, a menudo, sostienen la misma idea con letanía repetitiva. Dos años atrás este estadounidense explicó en "El fin del trabajo" lo que ya se intuía: no se puede esperar un futuro de pleno empleo. No, al menos, si pensamos en términos tradicionales. En su último libro

—"The Bio Tech Century" (El siglo de la biotecnología), aún no traducido al español—conjuga esa idea con los efectos de la revolución genética. Rifkin, que estuvo en Buenos Aires para participar de la Expo Comm, se empeña en aclarar que no es asesor del presidente Clinton como suele decirse, aunque sí lidera la Fundación sobre Tendencias Económicas de Washington. Asegura que debemos aprender a valorar los trabajos comunitarios.

# "Los maestros son más importantes que los empresarios"



DAVID FERNANDEZ

**TRABAJO COMUNITARIO.** "En el área de lo que se llama tercer sector pueden crearse millones de empleos", dice Rifkin.

Por  
**DANIEL  
ULANOVSKY SACK**  
De la Redacción de  
Clarín



**L**a tecnología puede tener un "efecto Frankenstein" y volverse antagónica al provocar desempleo y marginación?

—Ese efecto, que produce mucho temor, es solucionable si logramos cambiar la forma en que pensamos el trabajo. La revolución industrial se basó en educar a los hombres para que fueran eficientes, productivos y comercializables, en el sentido de que tuvieran aptitudes para ofrecer al mercado. La realización de una persona se consideraba exitosa si triunfaba en ese plano. Se trataba de un tipo de sociedad que requería el trabajo masivo y de esa manera, cada uno en su escala, podía sentirse necesario. Esto cambió: ya no volverá a ser así. El área productiva ocupará cada vez menos gente. Sin embargo, esto no significa que la tecnología tenga un "efecto Frankenstein", sino que, al contrario, permitirá a la gente dedicarse a otras tareas.

■ **Se refiere al trabajo comunitario?**

—Sí, toda un área que denominamos el tercer sector: no es el Estado ni la actividad privada comercial. Abarca instituciones como las iglesias, las organizaciones de padres, los clubes deportivos, las entidades artísticas y cívicas, los centros de ayuda barrial y algunas escuelas. Este sector social

puede crear millones de empleos.

■ **Se plantea un problema: el tipo de actividades que usted menciona es poco valorado a nivel social. Flota el prejuicio de que la gente que trabaja allí es buena, pero que no pudo lograr algo mejor.**

—Ese es un aspecto neurálgico de esta transformación. Coincido con usted en que aparecen como tareas menos significativas que las relacionadas con la producción. Sin embargo es un error. A mí no me queda duda de que los maestros son más importantes que los empresarios. Le explico por qué. La psicología cognitiva nos dice que el cerebro logra un desarrollo enorme durante los primeros cuatro años de vida y que la interacción con el mundo adulto le ayuda a hacer conexiones que, de otra manera, no conseguiría. La pregunta que me hago es si le damos la importancia real a esa edad de nuestros chicos.

■ **¿Usted quiere decir que la sociedad de trabajo intensivo privilegió las actividades profesionales de los adultos al desarrollo de sus hijos?**

—De alguna manera, sí. Hay una imagen muy fuerte sobre la que me parece necesario reflexionar. Cada mañana, millones de matrimonios, antes de seguir a sus trabajos, dejan a los bebés en guarderías. Los padres suelen quedarse intranquitos preguntándose si sus hijos estarán bien, pero más grave todavía es que la persona a cargo del chico cumple una tarea poco valorada. Nadie piensa que una parte de su desarrollo cerebral depende de la señora a cargo de la guardería. Por eso hay que cambiar de paradigma y entender que los trabajos del tercer sector tienen una impor-

tancia fundamental. Casi le diría que es al revés de lo que suele suponerse: las tareas más desafiantes y sofisticadas pertenecen al tercer sector.

■ **Esa afirmación es relativa: dígame al gerente general de una empresa exitosa que se dedique a dar de comer a los pobres en un comedor barrial y verá.**

—Conozco a muchos ejecutivos de alto nivel que brindan parte de su tiempo para trabajos voluntarios con significación social. Pero lo hacen sin recibir retribución, como algo que les da satisfacción. Sin embargo, si esta idea cambiara y los trabajos del tercer sector empezaran a pagarse, estoy seguro de que mucha gente los tomaría en cuenta como una carrera "en serio". De alguna manera son tareas que nos hacen evolucionar mucho como personas: hablo de desarrollar la comunidad donde vivimos, convertirla en un lugar más interesante, ayudar a que otras personas logren aptitudes creativas.

■ **¿De dónde sacaría el dinero para pagarle a toda la gente que trabajaría en esa área?**

—Hay dos vías básicas. Por una parte, las empresas ligadas a las biotecnologías y a las producciones de punta van a tener —y tienen— ingresos muy importantes y deberán acostumbrarse a pagar niveles altos de impuestos. También, a mantener el mismo nivel de salarios a sus empleados aunque trabajen menos horas. Usted podría decirme que eso suena ilógico, pero lo que las empresas no paguen como impuestos para desarrollar el tercer sector lo harán para pagar las cárceles donde se encerrará la delincuencia que genera el desempleo y la marginación. Se trata de un

# Nueva moneda

No es otra cosa que el trueque, pero bautizado ahora como "divisa social". Rifkin asegura que una de las maneras de paliar la falta de dinero en el sector comunitario —que puede abarcar desde el trabajo de un arquitecto hasta las empanadas que prepare una vecina— es a través del fomento del intercambio de tiempos y de saberes. En la Argentina ya hay grupos que se juntan en asociaciones donde cada persona brinda a las otras lo mejor que logra hacer —sin cobrarles— y como contraprestación recibe un servicio o un bien similar.

Cuenta Rifkin: "En los Estados Unidos el tercer sector creó la divisa social. Varias agrupaciones desarrollaron una tarjeta de crédito con chips inteligentes. Allí se anotan las tareas que cada persona hace para otra. La unidad monetaria

es la hora de trabajo, no importa si se trata de una atención profesional o de un trabajo de limpieza a domicilio. Con su tarjeta, cada uno va a las organizaciones comunitarias asociadas a su sistema y paga otros servicios con los créditos acumulados".

■ **¿Qué va a pasar, por ejemplo, cuando uno tenga que ir a un hospital? ¿Alguien le va a aceptar esa tarjeta?**

—Mire, en mi país hay muchos hospitales que son sin fines de lucro y yo creo que la gente los prefiere a los que están formados como sociedades comerciales. Con esto no quiero decir que cualquier tratamiento se vaya a hacer a través de intercambios, pero me parece posible que empiece a haber algún tipo de prestaciones en las que se acepte la "divisa social" como moneda.

nuevo contrato social que se debe realizar.

■ **Usted parte de la base de que las empresas de alta tecnología van a tener grandes ingresos. Posiblemente sea cierto, pero también deben invertir en nuevos descubrimientos y así sus ganancias se limitan.**

—La investigación es necesaria y costosa. Pero las posibilidades de la biotecnología abaratan mucho la producción. Fijese, hay una nueva área de desarrollo que en inglés es conocida bajo el nombre de "pharming", una mezcla entre lo farmacéutico y la granja de animales. La idea se basa en lograr que una cabra, por ejemplo, logre producir una sustancia medicinal con efectos curativos a través de un gen que se le inocula. Así, bastará clonar a la misma cabra tantas veces como sea necesario y ése será todo el costo de producción.

■ **Esperemos que las cabras no se vuelvan inteligentes y quieran cobrar por su tarea. Pero usted también habló de una segunda vía de financiamiento para los proyectos sociales. ¿A qué se refería?**

—A lograr que los gobiernos gasten en forma adecuada lo que recaudan. Generar puestos de trabajo en el tercer sector no es tan caro si se lo compara con proyectos faraónicos que a veces son subsidiados por los Estados y no tienen un correlato en mano de obra ocupada. Parte de esto ya ocurre: en mi país hay más empleados públicos de lo que podría necesitarse, pero



*La educación civil enseña que se puede aprender junto al otro, no en contra del otro*

sabemos que una buena manera de usar los impuestos es dando ese trabajo, que posibilita una adecuada inserción social.

■ **¿No hay algo de ingenuo en su discurso? Existen muchos gobiernos que estudian sus presupuestos centavo a centavo e igual tienen déficit. Y no hablo sólo de países con altos índices de corrupción.**

—Es cierto, pero no basta con ahorrar en el sentido tradicional. Hay que cambiar el modelo. Por ejemplo, es usual que grandes instituciones como el Banco Mundial financien emprendimientos que son gerenciados por los gobiernos de cada nación. Y eso tiene un efecto relativo porque no se suele controlar bien la tarea que se realiza: el interesado directo está ausente. Esa plata —que es mucha— estaría mejor invertida si se reparte en el tercer sector. Pienso en organizaciones más chicas que estén vinculadas a la comunidad y a las que, de esa manera, les ocasione un costo

muy fuerte no realizar el trabajo en la mejor forma posible.

## Olvidar a Darwin

■ **Para que sus iniciativas den resultado se necesitaría un cambio radical en la educación. Usted sabe que el actual modelo incita a los padres a enviar a sus hijos a las escuelas más sofisticadas y elitistas para que puedan "triunfar" en el nivel gerencial lo antes posible.**

—Estoy de acuerdo; ahí hay un problema. En los Estados Unidos tenemos en este momento dos grandes corrientes en la educación. Una es la tradicional, que forma a los estudiantes para que estén calificados para el mercado y la inserción en la economía global. Es un modelo que tiene mucho de las teorías de Darwin: cada persona sobrevive por su capacidad para competir a partir de lo que aprende e, incluso, de los niveles de riesgo y de agresividad que maneje. La otra corriente, que llamamos educación civil, se centra en un criterio diferente. Es posible aprender junto al otro, no contra el otro o aislado del otro. Le doy un ejemplo: durante años hemos enseñado idiomas en las escuelas con muy poco éxito porque se utilizaban libros que no tenían que ver con lo cotidiano; eran idiomas de laboratorio.

■ **¿Cómo lo mejoraría?**

—Hay que vincular al chico con una comunidad que hable la lengua que estudia. En mi país se enseña bastante el español y tenemos mucha inmigración de origen hispano. La idea es que el alumno pase unas horas con gente de esa comunidad y así no sólo aprenda la lengua con un criterio vital, sino que también conozca necesidades y costumbres distintas. Tiene que haber una especie de tejido común entre el aula y la comunidad. Además esto es bueno para hacer más fuerte el mercado.

■ **Honestamente, no veo la relación entre una cosa y otra.**

—El tema es así: en toda la historia del hombre las comunidades han precedido al mercado y al Estado. Primero es necesario que haya un grupo de personas con proyectos e ideales comunes para que, a partir de ahí, realicen intercambios y busquen formas de gobernarse. Si esta idea la trasladamos a algunas comunidades actuales, vamos a encontrar grupos disgregados, invadidos por la desconfianza, caídos. Es una situación que no hace feliz a la gente y, además, al no haber proyecto común, hay menos consumos, sólo los necesarios. Por eso digo que la tarea del tercer sector, al crear nuevos lazos sociales, hace más fuerte al mercado.